

Mejora el sanatorio madrileño.

Aquí hemos hablado repetidamente de las condiciones incomparables que tiene la orientación de El Pardo para la salubridad madrileña.

Inspirado, sin duda, en las mismas ideas, Dicenta ha presentado al Ayuntamiento una proposición pidiendo que se invite a la Compañía general de Tranvías para que prolongue la línea de La Bombilla en dirección de El Pardo.

Esta prolongación ha de ser hasta el camino de la Puerta de Hierro y Dehesa de la Villa, siguiendo a enlazar con el tranvía de los Cuatro Caminos.

Los concejales que con Dicenta firman la aludida proposición solicitan del Ayuntamiento que, en caso de no convenir hacer este estudio a la Empresa general de Tranvías, lo realice por su cuenta el Municipio, teniendo en cuenta que se trata de un positivo beneficio para la población, pues de ese modo se podría fácilmente pasar por todo el trayecto comprendido desde un poco más abajo de los Cuatro Caminos hasta la Puerta de Hierro.

Muy de acuerdo con la tendencia de la proposición, por aquello de que *del loro un pelo, la hubiéramos querido empero más valiente y más digna*, por tanto, de los arrestos de su autor, una de las esperanzas legítimas del republicano madrileño.

Dicenta ha debido llegar hasta El Pardo con todas sus consecuencias, pidiendo aquel campo, aquellas encinas y aquel aire perfumado para que los goce el buen pueblo de Madrid en los días de fiesta, que bien lo merece y bien lo necesita, ya que pasa la semana levantándose las casas que habitamos bajo un sol que le dermite el cráneo, construyéndose los zapatos en tugurio estrecho y nauseabundo improvisados a veces en un rincón con cuatro tablas, amasándose el pan, en vela por la noche, cuando los demás dormimos, y elaborando con sus manos todo, en fin, lo que sirve a nuestra comodidad y a nuestro regalo.

La Naturaleza no ha hecho el aire para que lo respire una sola familia. La ley Municipal no puede consentir que el vecindario de Madrid deje de gozar de aire que pertenecen a todos.

Otro lunar que encontramos en la proposición de Dicenta, es lo de dar preferencia a una Compañía sobre el Municipio para realizar la obra.

Esto es una abdicación en que no debe caer jamás un representante del pueblo.

La vergüenza es que el Municipio, por haber abdicado de sus deberes, esté llenando de oro los bolsillos de una Compañía particular de tranvías, cuando ese oro debía gozarlo todo el vecindario.

La municipalización del servicio de tranvías se está imponiendo en todas partes.

¡Qué hermoso ver en Milán las calles atestadas de tranvías que conducen al transeunte de un extremo a otro de la ciudad por la cantidad invariable de CINCO CÉNTIMOS! Pueden así allí obreros y obreras ir a sus talleres y fábricas, por distantes que estén, pagando una cantidad ínfima.

¿Por qué no pasa esto en Madrid? ¿Por qué se priva al obrero madrileño del bien de que goza el obrero milanés? Porque en Milán ha habido un Municipio inteligente y celoso, mientras que en Madrid ha habido otro torpe y abandonado; porque en Milán, el servicio de tranvías lo hace el Municipio y la ganancia va toda en beneficio del público, mientras que aquí el Municipio regala el beneficio a unas cuantas docenas de accionistas ricos.

Jamás, jamás, amigo Dicenta, se propone la abdicación; en caso, se sufre. Y así la proposición ha debido ser en sentido totalmente inverso, diciendo que el Municipio haga la vía, y sólo en el caso de declarar pública su impotencia y su torpeza, entregar la explotación a una Compañía.

Lo que nosotros proponemos sería, además, socialismo en acción.

En fin; bien que sea con un fusil de chispas, vamos si Dicenta consigue cuanto antes tomar esta primera trinchera de la salud madrileña en el camino de El Pardo.

Los que siembran vientos.

A pesar de estar regida la República senatoriana por un libertador como Eloy Alfaro, todavía en los rincones de aquella nación, donde el clero ha sabido mantener el fanatismo más sanguinario y bárbaro, se ofrecen escenas que ultrajan la civilización.

De ello es testimonio este documento, publicado en la prensa de aquel país:

Los escándalos de Malchingui.

Señor general gobernador de la provincia de Pichincha.

En toda nación libre, el ejercicio del culto entre los asociados es una de las preeminencias que prueban sin embargo su grado de moralidad y cultura. Entendemos para nosotros que esa impresión sensible que anima nuestro corazón, guía nuestras acciones y nos hace ver más allá de lo que nuestros ojos ven, es una chispa divinizada, es la concepción poderosa de la libertad de conciencia, es el espíritu de

que nos anima y hace invadir el grupo de la libre reflexión, la religión adquirida al calor de sus propios esfuerzos, es la que conduce a un fin feliz, pues es la emanación de la conciencia, y es, por consiguiente, ilustrada y racional.

Los que abajo firmamos, miembros de la Iglesia evangélica, hemos tenido nuestra primera prueba. El señor general gobernador no ignorará los acontecimientos que con la venida de Mr. Compton se desarrollaron en este pueblo, y sólo se esperaba unos pocos días de calma para que la llama incendiaria prendida entre un pueblo desgraciado tomara más vida y predijera nuestra destrucción. El 16 del presente, el cura Sr. Faustino Carrasco anunció desde el púlpito nuestro exterminio, a presencia de un pueblo que se plaecía de su gran obra. Dijo que el tumor nuevamente iba a reventar, y ordenó tres días de procesiones y rogativas públicas, que se llevaran a cabo con el mejor contento del teniente político.

El domingo siguiente 28, siguió el señor cura sembrando el odio y la venganza hacia nosotros, de manera que esa semilla cultivada por el teniente político dará muy pronto por resultado un segundo motivo, cuyas consecuencias serán lamentables.

Cuando usted, señor general, estaba de jefe civil y militar, castigó y ordenó se iniciara el juicio respectivo al presbítero Angel María Velastegui y al teniente político Antonio Trujillo, porque exigían a los indígenas asistir a las doctrinas y catecismos con fuertes reprimendas. El mismo teniente político de entonces es el que hoy nos rige; es el MISMO a quien usted castigó y destituyó. ¿Qué cosa buena podemos esperar de una autoridad que tiene su escondite en las sacristías y conventos y hace gala de pertenecer al bando clerical?

Con la confianza de hijos reclamamos protección y seguridad, y nadie, sino usted, puede dárnosla. Cambiemos de autoridad y nos dará el mejor testimonio de bondad, y así podremos manifestar nuestro culto, asegurados por la ley y el libre ejercicio de nuestra conciencia.

Esperamos, pues, noble general, que atenderá a nuestra justa súplica, teniendo presente que los débiles debemos vivir al amparo de la ley y de las autoridades, llamadas a hacerla respetar.

Malchingui, Mayo 24 de 1909.

Manuel M. Navarrete F.—Ricardo de la Torre.—Sergio R. Andrade.—Julio de la Torre P.—Victor Boada.—Carlos de la Torre.—Gabriel Andrade.—Segundo de la Torre Valencia.—Victor M. Castro.—Benjamín de la Torre B.—Alfonso de la Torre N.—Pacico E. de la Torre R.

(Siguen las firmas.)
¿Cómo no han de dejar hondos sedimentos en la conciencia popular estos ejemplos ofrecidos sin cesar por el clero de todos los países?

Y luego, cuando esas tormentas estallan contra el clero mismo, al abrir el pueblo los ojos y resolverse a desatar el yugo que le sujeta a esas farras vestidas de hábitos que no toleran siquiera la existencia de otro culto, aunque sea cristiano, entonces, llenos de vil hipocresía, las echan de humildes y sencillos, que no se meten con nadie y que sólo se consagran a ejercer la caridad y a pacificar los espíritus, siguiendo la doctrina de su Divino maestro.

Allí, allí en Malchingui se ha visto cómo ellos practican las doctrinas de paz y amor predicadas por su Divino maestro: esgrimiendo durante tres días en templos y calles todos los instrumentos del fanatismo, a fin de excitar al pueblo al exterminio de los protestantes.

Veá una muestra del lenguaje empleado desde el púlpito por el clérigo de Malchingui:

«Este pueblo está envenado como con tumor a reventar, y cuando se revienta no será como la otra vez (refiriéndose al motín de que hablamos anteriormente).

Que a estos ridículos los exterminen como se extermina a los canes que ladrar mucho, y acabando con éstos quedará el pueblo en paz. Que huyan desde lejos de todos ellos, que ni los saluden ni hablen, mucho menos hacerles ningún servicio. Porque les toleran a éstos tiene el pueblo mala fama en todas sus partes y no permanecen los curas aquí. Ya sabéis por qué sois desgraciados.

Son tan pícaros, que el otro día, que iba con el vicario, me encontró un indio y no se arrodilló. Es a causa de los liberales, y un pueblo como éste no debe tolerar a los que desprecian al Santísimo Sacramento, cuando los mejores generales ordenan a sus ejércitos que se arrodillen...»

Claro es, después de esos vientos que soplan, vienen las tempestades, que descargan sobre sus cabezas millitas, compromiéndose, es verdad, la vida de los soldados, de las gentes pacíficas y de los grandes intereses sociales!

POR UN MÉDICO LIBREPENSADOR

Nos escribe un médico, que viene ejerciendo su profesión en un partido rural desde hace treinta años, que se le haga de todo punto imposible la vida dentro de aquel medio brutal, reaccionario y clerical, donde el caciquismo le tiene sitiado, faltándole hasta la respiración, como aquel a quien se le enroscó una serpiente y le ahoga, descoyuntándole los huesos.

Es un deber de solidaridad ir en ayuda de ese noble luchador, lleno de inteligencia y de civismo, que viene hoiando con su nombre al Librepensamiento español desde su aparición.

En su virtud, rogamos encarecidamente a nuestros correligionarios que tengan noticia de una plaza de médico vacante en su comarca, que pudiera convenir a nuestro amigo, se apresuren a manifestárnoslo.

Claro es que la plaza ha de tener condiciones de retribución y de seguridad que correspondan a la antigüedad, a los servicios y a la capacidad excepcional de profesor tan ilustrado y tan consciente.

De reunir condiciones de seguridad, nuestro amigo no tendría inconveniente en aceptar una plaza en América. Lo que quiere es salir de esa noche en que le tiene envuelto el fanatismo.

Mucho estimaremos a nuestros correligionarios cuando hagan en este asunto.

Progresos de la cirugía.

Reservas necesarias para no aventurar su crédito.

De una conferencia dada por el doctor Pablo Lozano sobre la *Invaginación intestinal de los niños* en el Instituto Rubio, donde desempeña el cargo de *Jefe del Dispensario de Cirugía de niños*, tomamos estas líneas:

«El respeto, y más que el respeto el temor, que en no lejanos tiempos infundía el abrir la cavidad peritoneal, fué lo que detuvo la mano del médico y le impidió apelar a este recurso heroico. Pero, a pesar de ello, como se viera la ineficacia casi constante de los agentes farmacológicos, se recurrió desde un principio a la Cirugía; así es que, mucho antes de llegar al período en que la antisepsia y la asepsia transformaran radicalmente a aquella, vemos al médico reiteradamente solicitar el auxilio del cirujano para curar los enfermos de invaginación intestinal.

En estas primeras intervenciones operatorias se obtenían algunos éxitos, pocos en número, es cierto, pero alentadores por su calidad: algunos enfermos que se consideraban completamente perdidos, recobraban la salud. ¿Cuántos? No llegaban al 20 por 100. A quien le parezcan pocos, cambiará de opinión si tiene en cuenta la situación gravísima, desesperada a veces, de los intervenidos, y lo no muy perfecto de la intervención. Como los éxitos quirúrgicos, aunque pocos, eran bien ostensibles, los médicos de niños fueron llamando a los cirujanos en su auxilio, y lentamente se fué viendo cómo el 20 por 100 subió al 25 por 100, al 30 por 100, al 40 por 100, al 60 por 100, y por fin pasó del 80 por 100, invirtiéndose completamente la proporción. Así es que, en la actualidad, los tratadistas de Medicina infantil, al ocuparse de la invaginación intestinal, aconsejan la intervención operatoria y piden que los cirujanos actúen lo más pronto posible. De este modo, esta enfermedad, que ayer pertenecía a la patología médica, entra de lleno hoy dentro de la quirúrgica.

De lamentar es que lo que ocurre con esta enfermedad no pase con todas las formas que reviste la oclusión intestinal, tanto en el niño como en el adulto. Es cierto que en lo tocante a este punto concreto, nos encontramos en un verdadero período de transición, en el que la Cirugía va adquiriendo poco a poco el terreno que la Medicina pierde.

En España caminamos en este asunto con más lentitud de la debida, con relación al progreso científico realizado; y ¿sabéis por qué? Pues sencillamente, a mí entender, porque cuando se solicita y se recurre a los cirujanos en última instancia para tratar enfermos en los que no sólo se agotaron todos los recursos de la Medicina, sino que también agotaron ellos todas sus

energías, por cuyo motivo, de mil deben morir mil, no se niegan aquellos resultados a intervenir.»

Después de citar dos casos de enfermos incurables, a quienes por falta de energía en rehusar la operación se hizo ésta indubida e infructuosamente, añade:

«Cuando con alguna frecuencia se repiten estos inevitables fracasos de la Cirugía, por un lado, se despierta la desconianza del vulgo en su poder incontrastable, y por otro motivo, algunos enfermos se resisten a ser tratados a tiempo por el único procedimiento que les libraría de la muerte; y por otro, se da pretexto a los médicos para que sostengan, impulsados sin duda por amor propio (del que nadie carece) y no por amor a la estricta verdad, que si la Medicina fué impotente contra el mal, lo mismo le sucedió a la Cirugía. Y como esto no es rigurosamente exacto, puesto que todos vosotros lo sabéis, y ningún médico debe ignorarlo, que la Medicina puede muy poco ó nada contra la oclusión intestinal confirmada, y que, en cambio, la Cirugía, aplicada en tiempo oportuno, es de eficacia incontrastable, importa mucho, y en ello estriba el cumplimiento de un deber sagrado para con la humanidad y para con la ciencia, que afecta a todos los médicos (así por lo menos lo entendemos), el que tan pronto como se diagnostique ó se sospeche la existencia de una oclusión intestinal ó de una hernia estrangulada, se disponga al punto todo lo necesario para una intervención quirúrgica, que podrá ejecutar el médico de cabecera si se considera capaz, y en caso contrario, sin perder tiempo, solicitará el concurso de un cirujano para proceder de común acuerdo y elegir la forma, modo y momento más oportuno para actuar.

Si por confianza excesiva en las propias fuerzas y en el valor de la farmacopea, algún médico apara solo todos los recursos que ésta pone a su alcance, allí él con la gloria que sus triunfos le proporcionen, así como con la responsabilidad moral de sus derrotas; mas entonces, si llama a las puertas de la Cirugía, cuando ésta se halla imposibilitada científicamente de prestarle el auxilio eficaz, debe el cirujano, impasible, negarle su concurso, porque su acción se limitará a compartir responsabilidades que bajo ningún concepto debe aceptar, por el alcance y trascendencia que para la humanidad y el progreso científico envuelve su determinación.

Y basta y sobra con lo dicho para que comprendáis lo que acerca de este delicado problema me parece pertinente, y que, por considerarlo de vital interés, me he permitido explayarlo, abusando de vuestra paciencia.»

PEREGRINACION DE UN EX JESUITA

Don Juan José Julio Elizalde dió mucho ruido en su patria chilena, porque, habiendo sido jesuita, ahorró los hábitos y puso de relieve ante la sociedad chilena todas las infamias que, bajo el manto de religión, esconden los tiranidos; especialmente los mitrados, grandes oligarcas de la Iglesia.

El Sr. Elizalde, que tiene un gran talento, amplia instrucción y unas hermosas palabras, dió varias conferencias públicas en Chile, que atrajeron a la multitud y dieron lugar a ruidosas manifestaciones populares.

Después abandonó su patria para viajar por diferentes países americanos, y ahora le vemos, con grata sorpresa, llegar al Ecuador, donde ha celebrado una entrevista con un redactor de nuestro distinguido colega *El Tiempo*, de Quito.

He aquí algo de esa interesante conversación:

«Ayer por la tarde—dice *El Tiempo*—tuvimos la grata sorpresa de recibir la visita del Sr. Juan José Julio Elizalde, que, procedente de Managua (Nicaragua), llegó a Quito en el tren del lunes.

Después que nos pasamos a sus órdenes nos expresó finamente que era *El Tiempo* la primera empresa periodística que visitaba, por ser la más antigua de esta capital, lo que le agradecemos muchísimo.

Y en seguida ingenuamente continuó, sosteniendo con nosotros la siguiente conversación amistosa, casi confidencial:

Tiempo.—Un poco largo es ya su peregrinación, Sr. Elizalde, y su objeto, por hoy, será conocer Quito y regresar a su país.

Señor Elizalde.—En verdad, mi jira, desde que salí de Chile, es ya de ocho

años; pero no me siento cansado. Los progresos de la doctrina que sostengo son suficientes para infundirme ánimo, a pesar de algunas contrariedades. En Chile tenemos ya fundada la iglesia altruista, en Río Janeiro existe un templo magnífico, y es nuestro intento establecer en Buenos Aires una iglesia capital, ya que es la Argentina la nación que mejor representa—lo confieso como leal chileno—la civilización latinoamericana. Pienso, pues, dar aquí algunas conferencias y seguir el viaje hacia Buenos Aires.

T.—Parece que también en Centroamérica han logrado abrirse campo sus ideas.

Señor E.—Conservo recuerdos muy agradables de aquella hermosa sección de América. Especialmente en Managua, mis conferencias han hecho eco, y el presidente Zelaya me ha prestado todo el apoyo que puede darme un Gobierno liberal que, como el que ahora gobierna, da una firma aceptable de religión, como es el positivismo de Compté, a las actuales generaciones, que al evolucionar van dejando muy atrás los ideales del Catolicismo, el cual, aunque muy santo y benéfico a los hombres, perdió ya su objeto, porque pasó ya su época, al igual de lo que aconteció con el fetichismo, el budismo, el politeísmo, etc., en el transcurso de los tiempos...

T.—Verdaderamente, sólo en nombre del positivismo podría asumirse el difícil apostolado que usted se ha impuesto, dadas las circunstancias y especial sentir de nuestro siglo.

Señor E.—Sí, y para ello me atengo a que el espíritu de religión no muere en el hombre, a que es necesaria siempre una forma de culto para la Verdad y el Bien, y a que las sociedades de hoy se sienten hastiadas de cuanto conserva algún raso de misterio. Por eso la religión de la Humanidad no tiene simbolismo de ningún género, no admite dogmas de fe absolutamente, y sus bases son las verdades científicas demostradas. Todo lo que es materia de discusión científica, como el alma humana; todo lo que aún puede ser objeto de disquisiciones metafísicas ó teológicas, como Dios, constituyen para la doctrina de Auguste Compté lo *indemonstrable*; empero respetando siempre la libertad de la Ciencia para demostrarlos patentemente algún día, en la marcha no interrumpida de los sabios hacia todos los grandes descubrimientos modernos.

Lo *demonstrable*, he ahí el punto de partida de mi religión; y como lo que está patente, a la vista, es la Humanidad, el Bien, el Progreso, la Moral en todos sus perfeccionamientos ulteriores, el lema, el programa, eminentemente altruista, de la religión de la Humanidad, se condensa en estos tres enunciados:

El Amor por principio,
El Orden por base,
Y el Progreso por fin.

T.—Muy altos son estos ideales, señor Elizalde; y felizmente tienen muchos puntos de contacto y analogías con la doctrina liberal; pero la consagración de un culto externo no nos parece compatible con las aspiraciones de este gran partido.

Señor E.—Pero es que este culto es tan sencillo, tan ajeno a las fórmulas ridículas de los ritos pasados, que no habrá dificultad en aceptarlos. El templo en que la única edificación es una Virgen-madre (que representa a la Humanidad); la escuela positivista a un lado y el bosque sagrado para el culto a los muertos a otro lado; he ahí todos los elementos materiales del nuevo culto.

En cuanto a lo preceptual ritual, no tenemos ni los nueve Sacramentos, con objeto de impulsar a los hombres a la perfección en todas las edades, desde la niñez hasta el sepulcro.

(Aquí el Sr. Elizalde nos explicó largamente los nueve ceremoniales de aquellos Sacramentos, y no nos tocaba ni su oír.)

En estos momentos entró a nuestra sala un antiguo amigo de *El Tiempo*, a quien presentamos ante nuestro amable visitante.

Nuestro amigo llevó luego la conversación hacia la vida política de Centroamérica, y el Sr. Elizalde expresó que la más progresista era Nicaragua, debido al Gobierno del general Zelaya. Añadió también—después que nuestro amigo le habló de la perpetuación del Zelaya—en el Poder y de que se le quería mal—que esto era falso, por cuanto él había sido largo tiempo muchos meses de la predilección que su pueblo le guarda. «¿Quién verdaderamente vive odiado—añadió—y como preso en su propia casa, es Estrada Cabrera, por sus procedimientos ásperos y sus imposiciones.»

Comprendemos bien que la setena se

pega demasiado al cuerpo, y ello explica que el Sr. Elizalde no quiera renunciar aún al culto, aceptando el menor culto posible que estableció Compte en el período de su mayor debilidad intelectual, culto que sólo se ha establecido en el Brasil y del que nadie se acuerda en Europa.

El íntense sello religioso que dejó España en América, influye, sin duda, también en el ánimo perspicaz del Sr. Elizalde para no prescindir en absoluto del culto, en su deseo de influir sobre las masas inclinándose a separarse del catolicismo. Hace honor al espíritu de observación y a la independencia de juicio del señor Elizalde, el colocar como el más libre y respetado de todos los presidentes de la América Central, a Zelaya, y el reconocer que la Argentina representa mejor que las demás Repúblicas de nuestro origen, «la cultura latinoamericana».

La tenacidad con que el Sr. Elizalde viene siguiendo su campaña, honra a su apellido vasco, denunciando a un Ignacio de Loyola al revés.

Detalles sobre la revuelta.

Dice Dario Pérez en *El Imparcial*: «La víspera de ser asaltado e incendiado el convento de las Adoratrices, sito en la calle de Muntaner, esquina a la de Valencia, en donde existían ochenta y cuatro muchachas recogidas y separadas del vicio, al cuidado de sesenta madres...»

«Sesenta madres para cuidar de ochenta y cuatro muchachas?»

Del mismo redactor, hablando del convento de maristas:

«En su huida, los religiosos no pudieron cargar con una cajita que tenían escondida y en la cual conservaban encerrados documentos importantes y algunos pocos valores. Ello era objeto de la preocupación de los costados hermanos que estaban enterados de la existencia de la caja. El hermano visitador se presentó el viernes, vistiendo traje de ganadero y acompañado de un joven novicio, con objeto de ver si los salteadores del convento habían dado con aquel depósito. Peneó en su querida morada, preguntando por un supuesto hijo suyo perteneciente a la congregación marista. El pobre hombre contemplaba con lágrimas en los ojos aquel montón de ruinas, y buscando con avidez, pudo cerciorarse de que el escondrijo se hallaba intacto.»

De un relato publicado en *Las Noticias*, de Barcelona, sobre el incendio del convento de *Las Capuchinas*, tomamos estas líneas:

«Si mal no recuerdo, ha dicho usted que faltaba una hermana?»

«Sí, señor; la madre secretaria.»

«¿Y ustedes saben lo que fue de ella?»

«Está aquí, con nosotros. Verá usted—dijo volviendo a reanudar su relato.»

La madre Emerenciana, que así se llama la secretaria, cuenta ya setenta años de edad y es un espíritu valiente.

Al ver invadida nuestra casa, procuró poner a salvo los intereses que tenía en depósito, pertenecientes a algunas familias que nos los entregaban para su guarda al irse a veranear. También teníamos algunos valores y láminas de mandas que creo podemos recuperar, pues se conserva nota de la numeración y gestionaremos su cobro.

Con todo lo que pudo recoger se encerró en una celda extraviada, y allí permaneció hasta las siete de la mañana, en que el temor de morir asfixiada la hizo salir de su escondite pidiendo socorro.

La muchedumbre se apoderó de ella y entre todos la desnudaron violentamente, descubriendo los valores y billetes que llevaba escondidos en el pecho, rajándole el hábito con un puñal...

«Se ha dicho que esos valores ascendían a 37.000 duros; ¿es verdad?»

«No puedo contestarle, porque lo ignoro; como eran cantidades en depósito...»

«¿Y qué hicieron con aquellos billetes y láminas los revolucionarios?»

«Los echaron a la hoguera por orden del jefe del sombrero de paja.»

«¿Y después?»

«Al atropellar a la madre Emerenciana le quitaron también los anteojos, pero como sin ellos no puede valerse, exigió que se los devolvieran, y lo consiguió.»

Después el jefe dio orden de que la acompañaran a este hospital.»

Dice *La Publicidad*, de Barcelona:

«Según cuenta un colega, el padre superior del Albergue de San Juan de Dios, Lorenzo González, en una entrevista celebrada con un periodista, hizo las siguientes manifestaciones:

«En cuanto a nosotros, ningún mal hemos recibido, ningún insulto se nos ha inferido.

Al salir de nuestra casa aquella nube de hombres y mujeres, nos dijeron que no cerráramos las puertas, y así ha sido.

Hasta el lunes por la noche han permanecido abiertas de par en par, y durante aquellos días de revuelta nuestro hospital fué visitado por cientos de personas de todas condiciones.

Es más: durante el jueves y viernes, los revolucionarios nos mandaban, por mediación de niños y niñas, conejos y gallinas para la alimentación de los enfermitos, patatas, pan y arroz. Diré que han sido treinta y dos las gallinas que hemos recibido por el mismo conducto... y que hemos agradecido después de todo, porque una casa como esta que sólo vive de limosnas, no tiene reservas; no, no las tiene, y ya no sabemos qué hacer, no pudiendo salir en busca de alimentos para nuestros pequeños escrofulosos y para los que estamos a su cuidado.

Después todo ha seguido en paz, visitando nuestra casa centenares de personas desconocidas. Con las vitualas nos trajeron un borriquito y un perro que salvaron no sé de qué incendio, y que guardamos aquí hasta que sepamos a quién pertenecen.»

El sufragio de la mujer.

POR ELLA WHEELER WILCOX.

Alguien me pide que exprese mi parecer acerca del voto de la mujer.

En nuestra actual situación política, que existe desde que el Monopolio vino a ser Presidente de los Estados Unidos, y el Jefe del Ejecutivo se convirtió en el primer guarismo, me parece que el derecho de votar concedido a la mujer tendría un efecto saludable sobre la nación.

Los datos que nos llegan de Nueva Zelanda, en donde la mujer ha estado votando durante los últimos quince años, son en extremo satisfactorios para nuestro sexo. Allí la mujer no ha perdido su sexo ni se ha perturbado el hogar. Pero, en cambio, la causa de la moral ha recibido un impulso, y se ha mejorado grandemente la condición de la mujer.

Hubo un tiempo en que la idea del sufragio de la mujer me fué odiosa. Yo no había crecido mentalmente lo bastante para apreciar la verdadera importancia de ese asunto. Ahora me cabe la satisfacción de afirmar que he avanzado a ese punto.

Cuando miro a mí alrededor y veo que las mujeres han ganado en competencia, debido a sus propios esfuerzos, y que sin embargo no se les ha dado voz ni voto en la formación de las leyes, tengo aquello por injusto y sin razón.

Yo recuerdo de una joven de veinte años que, mediante un incesante trabajo y la consagración a sus tareas, había comprado un terreno y edificado en él una encantadora casita para ella y su madre.

Ella es una joven educada y pensadora, muy competente para abrir juicio sobre distintos asuntos, y, sin embargo, centenares de extranjeros analfabetos nacionalizados y miles de americanos ignorantes y disipados tienen el derecho de votar y decidir sobre los impuestos que esa joven tiene que pagar a la Tesorería de la ciudad. La mayor parte de esos hombres votan como los ordenan, por la paga, los duos de la elección.

En este caso es típico para toda población y ciudades en América. En todo el país, espléndidas mujeres están haciendo un trabajo admirable para elevar e ilustrar a la raza humana. Los maestros más activos, los campeones más eficaces, son mujeres. ¡Este es el Siglo de la mujer! Y, sin embargo, nuestra nación las relega a la categoría de los idiotas y criminales cuando se trata del derecho de tomar parte en la formación de las leyes. Pero todo esto es un mito; a la mujer, dentro de diez años.

No hay sexo en tratándose de moral. Cualquiera que sea capaz de formar un concepto claro, justo, inteligente y nada egoísta, y de unirse en una labor activa a otros ciudadanos, tiene derecho de voz y voto en los asuntos de la nación.

No se trata hoy si el cerebro femenino es igual al masculino, pues esto la civilización actual lo ha decidido ya. Es incontrovertible el hecho de que no hemos tenido una mujer Shakespeare, ni una mujer Miguel Ángel, ni una mujer Mozart, y que aun como modistas y cocineras los hombres dominan en el mundo. Pero esto nada tiene que ver con el asunto del voto para nombrar gobernador o presidente, ó para decidir acerca de los impuestos que gravitan sobre cualquiera ciudad americana, ó para decidir también si se ha de permitir ó no el abrir tabernas en una población.

En todos estos asuntos es evidente el hecho de que las nobles, educadas y morales esposas y hermanas de los respetables ciudadanos de los Estados Unidos, son igualmente competentes para esas decisiones, como los jovencitos de veintitún

años de edad que se sientan en los billares y apuestan en las carreras, ó como aquellos politiqueros que hacen negocios con los asuntos del Estado, ó con los extranjeros que justamente se han nacionalizado para vender su voto a sus patronos.

El sufragio de la mujer será un hecho glorioso a lo más dentro de una década.

The Evening Journal.

New York, Abril 5 de 1909.

Cartas á un campesino.

(Por R. Veree.)

CARTA PRIMERA

Amigo Juan: Me dices que por ahí desconfiás algo de las predicaciones del cura, porque casi siempre predica para el saco, y quieres que yo te escriba lo que pienso acerca de las ceremonias y misterios de la religión católica. Me dices también que por ahí habéis leído algunos periódicos y libros de los que el cura prohíbe, pero que te parecen buenos para gente sabida, y que, por lo tanto, quieres que yo, como antiguo amigo, te explique los *intrínsecos* del catolicismo de un modo tan claro y sencillo que tú y tus vecinos podáis entenderlos.

Voy á tratar de complacerte, aunque dudo de mi habilidad para desenredar cosas tan enredadas como las que te mandan creer. Otros más hábiles que yo vendrán luego á enseñar la verdad á personas de poca instrucción, que son las más numerosas y las más explotadas por el clero.

Principio por el fundamento de todas las religiones.

Dios.

El origen de la idea de Dios fué el miedo. El hombre vió serpear el rayo sobre su cabeza, oyó el retumbar del trueno en los espacios, vió los astros girar por la bóveda celeste, sintió la tierra ondular bajo sus pies y no pudiendo explicarse la causa de estos y otros fenómenos, los atribuyó á un poder sobrenatural, al que dió un nombre. Para aplacarle se postró de rodillas y le adoró.

Ahí tienes el origen de Dios y del culto.

Los niños tienen miedo á todo, y á medida que van creciendo, van siendo más valientes; esto es, van perdiendo el miedo porque comprenden las causas de los fenómenos que antes les aterrorizaban.

Por eso Dios va desapareciendo á medida que desaparece el miedo que lo engendró.

Antiguamente creían que Neptuno agitaba el mar, que Marte dirigía las guerras, que Ceres daba las cosechas, que Minerva infundía la sabiduría, que las Musas inspiraban la poesía, y aun hoy hay quien cree que las pestilencias, hambres y muertes repentinas son efectos de la cólera divina. No hace mucho que los eclipses de los astros, las auroras boreales y otros fenómenos puramente naturales eran mirados como presagio de grandes catástrofes. La ciencia ha demostrado que en la naturaleza no ocurre nada sobrenatural. Un edificio no se cae porque Dios lo ordena así, sino porque las paredes se han inclinado ó no tienen cimientos bastantes sólidos para resistir el peso.

Muchos creían hasta hace poco que el mar no se desbordaba sobre la tierra, porque Dios le había dicho: *hasta aquí llegará y de aquí no pasará*. Excava las tierras de las costas y verás cómo las aguas desobedecen el supuesto mandato de Dios. Hace años abrieron los franceses un canal entre el mar Rojo y el Mediterráneo, y las aguas de uno y otro corrieron hasta alcanzarlas. Si el océano Atlántico y el Pacífico no se comunican ya, no es por oposición de Dios, sino por falta de dinero. Nuestros descendientes verán, seguramente, convertido en un mar el gran desierto de Sahara.

Esto te demostrará que así como la aurora disipa los fantasmas de la noche, así también la ciencia ya disipando los errores de la ignorancia que engendró los dioses.

Tú crees que hoy, día no hay más Dios que el de los católicos, según te lo enseña tu cura, aunque confiesa que no lo comprende.

Por la misma razón de que ese ser es incomprendible, cada religión lo explica á su manera. Los habitantes de la India, los de la China, los de Turquía, los de los países protestantes, los judíos, los salvajes del África, los indios no civilizados de la América, y casi, pudiéramos decir cada individuo, todos tienen ideas diferentes de Dios en teoría y ninguna en la práctica.

Dios es lo desconocido, dicen algunos filósofos. En mi opinión, *Dios es el miedo*.

El miedo lo sienten todos, y, no obstante, carece de existencia real; sólo existe en nuestra imaginación.

Lo mismo es Dios, según te demostraré en otras cartas. Por ahora me limitaré á probarte que es imposible la existencia del Dios que tu cura te predica.

Veamos las pruebas que alega.

Todos los pueblos han creído en Dios, luego Dios existe.

Á esto puedes contestarle lo que te dejo dicho: Todos los hombres tienen miedo, luego el miedo existe; pero tan sólo en la mente, lo mismo que Dios.

Además, la creencia más universal no produce una realidad. Por siglos creyó todo el mundo que la tierra era plana y centro del Universo, y á pesar de eso no dejó de ser redonda y de girar alrededor del sol. Una moneda falsa no se vuelve buena aunque todos los hombres den su vida para probar que lo es.

Como se ve que ningún ser se da existencia á sí mismo, deducen los teólogos, con aire de triunfo, que este mundo tuvo que ser creado por un ser increado, ó sea Dios.

Los errores saltan aquí á la vista.

Si un ser infinito puede ser increado, ¿por qué no ha de poder serlo también el Universo, que dicen ellos es finito?

Según la cronología católica, el mundo fué creado hace seis mil años.

¿Qué hizo Dios antes? Si era infinito no podía producir más; si era inmutable dejó de serlo, porque produjo algo que antes no había producido.

Dejaré á un lado estas cuestiones, que te parecerán metafísicas, y trataré de cosas más á tu alcance.

Los atributos de Dios.

Dicen que es omnipotente, y no pudo hacer el mundo de un golpe, sino por tareas, gastando seis días. El séptimo se fué á descansar y supongo que sigue aún durmiendo, porque, según te demostraré más adelante, no ha vuelto á ocuparse de su obra.

Hasta la creación había permanecido en completa inercia, ó sea pereza suma, en lo cual nos dió un ejemplo muy malo. De que no es amigo de trabajar, nos lo demostró después, cuando castigó á Adán y á todos sus descendientes á trabajos forzados para ganar el pan.

Además de ser omnipotente, te dicen que es sumamente bueno; pero si observas bien no verás en este mundo más que males. ¿Te acuerdas de lo que antes de morir sufrió la primera niña que tuviste? Ese Dios omnipotente y sumamente bueno, dicen que todo lo ve y todo lo sabe, y, no obstante, nada, absolutamente nada hizo para aliviar los dolores de aquella inocente criatura, que ningún daño había hecho.

¿Crees que en el mundo hay un hombre tan malvado que, pudiendo aliviar á tu hija, la hubiera dejado padecer? ¿No te acuerdas de los remedios que tus vecinas querían aplicarle?

Si tú pudieras dar la salud á los enfermos, socorrer á los necesitados, consolar á los tristes y hacer felices á todos tus semejantes, ¿no lo harías?

Pues haciéndolo serías infinitas veces mejor que el Dios llamado la Bondad Suma.

Estos males de los hombres y esta crueldad de Dios, lo explican los clérigos diciendo que son consecuencia del Pecado original.

Cuentan que Dios puso á Adán y Eva en el Paraíso, y que para probar su obediencia les prohibió comer las frutas de un manzano. Un ángel malo, creado por Dios, se valió de la serpiente y tentó á Eva. Oyéy á esta en la tentación y convidó á Adán, que cayó también. Dios, en castigo de tal falta, condenó á Eva á parir con dolor y á Adán á comer el pan amasado con el sudor de su frente, y á morir, con todos los demás males que vemos. Este castigo se extendió á todos sus descendientes.

¡Hubieras tú hecho algo parecido con aquel niño y aquella niña que tu esposa te regaló al segundo año de casado? ¿Los hubieras puesto en la huerta; les hubieras prohibido comérselas manzanas; hubieras permitido que nadie fuese á decirles que las comiesen y los hubieras echado luego al monte y desahogados á ellos y á todos sus descendientes?

No; tú no hubieras hecho semejante cosa, y si supieras que un padre ha hecho algo parecido con sus hijos, lo aborrecerías de todo corazón.

Pues ese padre es el Dios que tu cura te enseña y manda que le ames sobre todas las cosas.

¿Crees tú que un Dios tal puede ser Dios? ¿No comprendes que ese Ser cruel es el reverso de la Bondad?

No lo dudes, Juan; el Dios católico es un Dios falsificado, como te iré demostrando.

Desde Santiago de Chile,

Un convento de Pederastas.

CORRESPONDENCIA

Señor Director de *El Propagandista*: Los padres Escolapios regentan en esta ciudad los talleres de la Casa Central de la Providencia, que es como si dijéramos el refugio de los huérfanos de esta localidad. En este asilo es en donde se ha desarrollado últimamente un drama sensacional, que una vez más pone de relieve la conducta nada honesta de los frailes católicos.

Rogelio Chamorro, lego del convento de los Escolapios, hacía días que venía haciendo notar entre los niños asilados su conducta de marcada preferencia por el huérfano Fernando García; todas las faltas que el chiquitín cometía se las perdonaba y se contentaba con darle ligeras palmaditas sobre los hombros como alentándole quizá al *bébé* para que continuara en sus travesuras.

Esto, naturalmente, irritaba mucho á sus condiscípulos, los que eran castigados horriblemente por el mismo lego á la más mínima falta que cometiesen.

Hubo uno entre los huérfanos más avisado que se permitió un día hacer al niño García una broma *non sancta*, de esas que hacen á algo más que travesuras de la inocencia.

El chiquitito García quedó corrido, lo que dió margen, como generalmente sucede, á que todos sus compañeros siguieran molestándole con las mismas pesadimas pullas.

Un día, el niño Fernando (que aún no contaba quince años) no pudo ya resistir tantas bromas, y tomando á solas á su condiscípulo Manuel Flores, le hizo la siguiente patética revelación:

«Que él no tenía la culpa de que el hermano Chamorro le quiera tanto; que, por el contrario, mucho tiempo hacía que él había huido á sus persecuciones; pero que, sin embargo, un día le tomó en tales circunstancias que no pudo menos que acceder á sus brutales deseos.»

El niño Manuel Flores, que no era un parguato, dijo á García que le diera por escrito la narración que acababa de hacerle y que con eso iría á quejarse al padre superior para que el lego Chamorro sea castigado como lo merecía. Así lo hizo García, y Flores puso el documento en manos del padre Vicente Sariego, rector de ese *Protectorado católico*.

¿Y cuál cree usted, señor Director, que fué el resultado?

Inmediatamente ordena el castigo del niño Flores, por calumniador, por forastero. ¡Y qué castigo! Entre otros, el de tenerlo en cuarentena ayunando á pan y agua.

Por su parte García tan pronto como supo el resultado, huyó todo él temeroso á refugiarse lejos de aquel convento, guardada de bestias salvajes.

Sin embargo, los pícaros liberales, que de todos modos procuran hallar el hilo de los grandes, monumentales escándalos clericales, no dejaron las cosas en el olvido y aprovecharon la venida del padre visitador de los Escolapios para investigar este vergonzoso crimen.

Así lo hicieron. Ante él comparecieron el lego Chamorro y el niño García. El primero, en vista del cuerpo del delito, no hizo más que ponerse cabizbajo y mudo; quedó confundido delante de sus superiores con la tremenda acusación del niño García.

¿Y cuál fué el castigo que se le impuso?

«Uno grave, muy grave: ¡mandarle á la capilla á rezar por su conversión!»

El pueblo, que está al corriente de estas infamias clericales, arde de indignación contra el convento de los Escolapios al ver cómo se tolera entre ellos los crímenes más feos é inauditos.

Muchas protestas trataron de levantarse con tal objeto. Pero los frailes, que son tan duchos en estos tejanines, han dado un corte completo al asunto con trasladar al lego Rogelio Chamorro á no sé qué convento de España. Así han creído ellos remediar el asunto.

Nosotros preguntamos ahora: el lego Chamorro, ¿será el único pederasta de ese convento?

Razón tienen ellos para protegerse y ampararse así tan á tiempo. La ley de reciprocidad. Así han sido siempre ellos: se han engordado entre los crímenes más inmundos, hasta que el partido radical no haya venido al Poder, para aventarlos rigurosamente á estos corruptores del género humano.

Hasta otra ocasión, señor Director.—*El Correspondiente.* (De *El Propagandista*, de Quito.)

Gran entierro civil en Oviedo.

D. Fernando Lozano: El día 8 del actual falleció en esta ciudad, en el barrio de Santullano, el honrado obrero y consecuente socialista Manuel Ojanguren Zugaza.

Como es natural, el entierro, que se celebró el día siguiente, fué civil, constituyendo una grandiosa manifestación de duelo, pues, sin temor á equivocarme, puedo asegurar que pasaron de 2.000 las personas que rindieron á aquel excelente ciudadano el último tributo de amistad y simpatía.

La esposa é hijos del Ojanguren se portaron valientemente al hacer respetar la última voluntad del finado, sin que los hipócritas y beatos que en estos casos tratan de robar las conciencias de las familias, para luego publicar conversaciones malignas, pudiesen lograr sus fines.

Toda la prensa local abominó del acto celebrado; pero especialmente el diario católico tradicionalista *Las Libertades*, del día 11 del actual, que en el colmo del desahogo pide al señor gobernador que de una plumada anule las leyes vigentes, por consentir la realización de actos civiles. ¡Lástima no se celebren con más frecuencia!

EL CORRESPONSAL.

Por falta de espacio no contestamos hoy á las vilezas del periodicucho de Oviedo, cuyo recorte se nos envía. (N. de la R.)

Fechorías clericales.

D. Fernando Lozano:
En el vecino pueblo de Albuquerque se cometen con frecuencia abusos sacerdotales que conviene sacar á la vergüenza pública.
Pasando por la calle de las Monjas la procesión del Carmen, fué atropellado brutalmente el vecino de dicho pueblo Ramón García, tan sólo por no descubrirse ante la santa imagen. Los agentes de la autoridad, á viva fuerza, le arrebataron el sombrero, obligándole á estar descubierto hasta que pasó la manifestación clerical, y después de esto le llevaron á la cárcel.
Como esta conducta fuere censurada por el inspector señor Gaspar, persona de un prestigio probado, y amonestara en buenas formas á dichos agentes por no cumplir con el Código fundamental que obliga á respetar todas las creencias, y sólo castiga el escarnio y la violencia contra los actos del culto, ha sido objeto de la maledicencia de los que no saben más que murmurar rezos y darse golpes de pecho.
El mencionado Ramón García es hermano político del mártir librepensador D. Eugenio Vugarín, profesor de instrucción primaria que tuvo que salir de Albuquerque, poco menos que desterrado, á un pueblo de la provincia de Cádiz, tan sólo por el delito de ser honrado y predicar las doctrinas librepensadoras.
Finalmente, un clérigo que usted conoció al salir de Albuquerque, ha expuesto de un centro instructivo que fundará, á varios alumnos por no haber cumplido durante la cuaresma el precepto pasenal, y además acaba de despedir á otros por haber formado parte de la banda de música que nos recibió cuando visitó usted á Albuquerque.
He ahí cómo estos hombres de hábitos, sembrando venganzas, intolerancia y discordias, concitan la cólera popular, preparando á nuestra sociedad días de luto y de lágrimas.
Esperando que nuestros vecinos harán pagar á esos fanáticos, que constituyen allí insignificante minoría, su odiosa temeridad, le acompaño mis votos fervientes por el triunfo del Librepensamiento.
Ruyras Pilo.
San Vicente de Alcántara, Agosto 1909.

¡AVANZA!

[Grande Ideal que abrasas mi cabeza, no aumentes mi delirio con tu beso! Sublime eres y ante tí por eso me humillo; soy cobarde en mi pobreza. Me falta ese valor que da grandeza; por eso lloro en mi vergüenza preso. ¡Santa Igualdad, Fraternidad, Progreso!... Lejano sol que á alborar empieza. Soy un vencido en la fuerte lucha que á vislumbrar, ya moribundo, alcanza algo muy bello que, aunque nadie escucha, signo es de redención y de esperanza. ¡A trabajar Humanidad, que es mucha nuestra energía, Humanidad, avanza! ROBERTO MOLINA.
Valencia.

Socialismo falso y socialismo verdadero

Interesante polémica.
Escribe desde París un corresponsal:
En la última crónica se comprometió el cronista á entrar á los lectores de la controversia surgida entre Sebastián Faure, el leader de los anarquistas, y el abate Vral, acerca de si puede ó no ser socialista un sacerdote. Pocos son los datos que en poder del cronista obran para dar todo el relieve merecido á tan interesante controversia. La Prensa parisiense ha dedicado poco espacio á dicho acto, y hemos de valer-nos de los resúmenes reducidos para ampliar las declaraciones del abate Vral, que en el número del domingo dimos á conocer.
Prestar atención á lo que ocurre pasados los Pirineos es siempre conveniente, y á ello nos obligan, además, las circunstancias.
Fue en la grandiosa sala que en la calle Danton tienen establecida las «Sociétés savantes» en el mismo lugar en que surgió la controversia el interrumpir el abate Vral á Sebastián Faure, en donde se dieron cita los contradictores para desarrollar sus respectivos puntos de vista acerca del tema puesto á discusión.
La controversia atajó á mucha gente, por la novedad del tema. Más de 10.000 personas se reunieron en la sala. No había ni una sola localidad vacía.
Habló el primero el vicario de Viroflay. Durante largo rato se esforzó en demostrar que su conciencia de católico y de sacerdote le obligaba á sostener la doctrina socialista. En apoyo de su opinión hizo numerosas citas del Evan-

gelio y de la Biblia, declarando que en todo tiempo la Iglesia ha condenado la explotación del hombre por el hombre y las iniquidades sociales.
Concluyó diciendo:
«Nosotros queremos la paz social basada en la justicia; con los socialistas queremos que el estado social cambie, para que no puedan subsistir aquellos que en la religión no ven otra cosa que un negocio ó un engaño. Saludamos la hora en que se realizarán las transformaciones sociales deseadas.»
El abate Vral, que fué escuchado con gran atención, fué calurosamente aplaudido por una parte de la concurrencia.
No menos aplaudido fué Sebastián Faure, al replicar al abate Vral en estos términos:
«No, un sacerdote no puede ser socialista, porque el socialismo es una doctrina de bienestar, de libertad, de progreso y de transformación social, mientras que el cristianismo no representa más que la ignorancia, el retroceso y la esclavitud.»
El orador desarrolló brillantemente esta idea desde el triple punto de vista económico, filosófico y religioso.
Sebastián Faure demostró, basándose en hechos históricos, lo que devienen en la práctica las doctrinas evangélicas. Humilde y sumisa en apariencia cuando no es la más fuerte, implacablemente despótica cuando dispone de la fuerza; tal ha sido siempre en todas partes la Iglesia cristiana.
El orador terminó diciendo, dirigiéndose al abate Vral:
«Ponéis en guardia: ó seréis obligado á cesar en vuestra propaganda, á fin de continuar en las filas de los católicos, ó si continuáis vuestro apostolado tendréis que despojáros de la sotana para venir á trabajar con nosotros.»
Estas últimas palabras valieron una ovación á Faure. El abate quedó impasible. No se despojó de la sotana y continuó formando en las filas de los católicos, ostentando la personalidad de católico, anticlerical y socialista.
Faure conoce bien el paño, porque fué también sacerdote.
Pero Faure es un espíritu sincero y un alma elevada, por lo cual no podía seguir vistiendo el hábito de una religión absolutamente opuesta á los principios que informan el socialismo moderno.
Un clérigo católico, sujeto á la férrea disciplina eclesiástica y al absolutismo pontificio, ser democrata y ser socialista!
Comprendemos que Faure, haya aplastado á Vral.

EL BORRIQUITO

Pues, señor; en aquel tiempo en que, según asegura Esopo, el gran fabulista, hablaban los animales, puso el león una escuela de niños, es decir, de animales pequeños.
Asistían á ella, con objeto de instruirse y de no hacer mal papel en la sociedad, una ardilla muy lista, un zorro muy astuto, varios perros de castas diferentes y una cotorra muy charlatana.
Eran todos animalitos de clara inteligencia, muy dispuestos para aprender, y pronto lograron adquirir conocimientos generales.
El león estaba satisfecho de sus discípulos y no pensaba admitir más, cuando un día presentóse un borriquito de color de ceniza, chiquitín, vivazacho y con las orejas muy largas.
—¿Qué desea usted, pollinito?—le preguntó el maestro con muchas cortesías.
—Pues, yo—contestó el recién llegado—quiero aprender lo que estos compañeros míos.
La ardilla, el zorro, los perros y la cotorra saltaron una carcajada.
—¿De qué se ríen ustedes?—preguntó el león, dando un rugido.
—Nos reímos de este borriquito, que quiere compararse con nosotros.
El león miró con desprecio al pájaro verde y volviéndose al pollino le habló de esta manera:
—Desde hoy vendrás á la escuela todos los días; y así que Dios me lo ha concedido, ganaré inteligencia; como á estos otros animales; pero si estudias con ahínco, llegarás á saber tanto como ellos.
Desde entonces el borriquito asistió puntualmente á la escuela, y era de ver su constancia en repasar los libros y la atención que ponía á las lecciones y lo que movía sus orejas largas y tiernas para oír mejor las explicaciones del maestro.
Sus compañeros se burlaban de él, y en todo el tiempo que duraba la lección no hacían otra cosa que reírse del pobre animalito, despreciándole los estudios y haciéndole, aun los que no eran perros, una porción de puererías. Ya imitaban su rebuzno; ya se ponían largas orejas, hechas con oncuruchos de papel; ya figuraban dar coques contra los bancos; todo aquello, en fin, que pudiera ofender al paciente discípulo. Pero éste no hacía caso. Si le llamaban burro, no se in-

comodaba, porque sabía que lo era; se pasaba las horas haciéndose el sordo á los insultos y á las burlas.
Llegó fin de curso. Formaron el tribunal de exámenes tres sabios de Grecia á quienes llamó el león para que juzgasen los adelantos de sus discípulos, y se presentaron éstos con el temor natural de quien va á ser juzgado por personas de inteligencia superior.
Pero ninguno tenía tanto miedo como el borriquito, que, convencido de su escasa disposición para el estudio, temía no alcanzar ni siquiera la nota de mediano, y justificar así el desprecio de sus compañeros.
Fue el último que se examinó, y los otros, que ya habían salido de su apuro, se reían al ver al pobrecito, lleno de susto, presentarse ante el tribunal todo tembloroso, con el rabo caído y las orejas desmayadas.
—Ahora te convencerás de que eres un asno—le decía el zorro.
—Y de que el más torpe de nosotros es más listo que tú—añadía la ardilla, que no se estaba quieta un momento.
—Anda, borriquito, borriquito—le decía la cotorra.
Pero, ¡cuál no sería la sorpresa de todos cuando vieron que el pollinito contestaba sin vacilar á cuantas preguntas le hacían! ¡Con qué modestia, pero al mismo tiempo con cuánta seguridad se explicaba!
Baste decir que los jueces le dieron la nota de sobresaliente, que no había logrado ningún otro discípulo, y una hermosa medalla de oro, que le colgaron al cuello y que relucía como un sol.
El león entonces sacudió la melena, dió un rugido de satisfacción, y habló de esta manera á sus discípulos, señalando con la garra derecha al pollinito, que no se daba cuenta de lo que sucedía.
—Ahí tenéis el poder de la voluntad y de la constancia. De nada sirve la disposición natural si no se sabe aprovecharla para el estudio.
No os burléis nunca de aquellos cuyos dotes intelectuales son escasos, porque de esto no tiene culpa; burláos, sí, de los que con sobrada inteligencia no saben, sin embargo, aprovecharla.
Esos, esos son los verdaderos borriquitos.
Calló el león, rompió en un aplauso la concurrencia, y salieron del salón los perros con el rabo entre piernas y las orejas gachas; la ardilla escurriéndose avergonzada; haciéndose el distraído el zorro, y la cotorra diciendo en voz baja, que apenas se le oía:
—Nos hemos lucido, nos hemos lucido! Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.
MIGUEL RAMOS CARRIÓN.
(Envío de P. Arrieta Leiva).

UNA PARÁBOLA

(DE UN LIBRO ERUDITO)
Yo soy un hombre aficionado á las parábolas de los antiguos. Es, acaso, en su sobriedad y sencillez, lo que más estimo de las literaturas orientales. El resto, con la excesiva pompa, me cansa y me fatiga. Y de una colección de estas parábolas, cuidadosamente recogidas por un erudito alemán, en un libro que titula *Filosofía oriental en cien parábolas*, traduce hoy esta, forzando á continencia mi pluma, que de buena gana renunciaría á tamañas injun-cias literarias para ocuparse en comentarios de más palpitable actualidad... Pero la censura manda.
Dios, pues, esta parábola, que, según el sabio alemán, lleva en el original el título de *Las dos ciudades*.
«He aquí los orígenes de la ciudad de Tor y la ruina de la ciudad de Both, que ambas arrancan de una misma causa. Así se ha visto á veces dar un solo arbusto rosas de colores diferentes, y en el cuerpo humano hay sangre roja y sangre negra, según el sitio de él en donde penetra la guma.
Fue esto en años remotos, y sólo la memoria de un hombre más que centenario podía dar testimonio del suceso.
La aldea de Tor contaba apenas veinte casas y la habitaban hombres de labor y de pena, industriales, justos, demandados de odio y de venganza, agradecidos al Señor en sus trabajos.
La ciudad de Both era magnífica y brillante. Tenía docientos puertas, quince torres, seis canales, y en sus plazas, donde brillaba el mármol del dolor de la piel de las mujeres, había baños, bibliotecas,

palacios y salas de solaz y esparcimiento. Pero habitaban la ciudad de Both unos hombres soberbios, en el arreo de su poder y de su fuerza. Creían á los hijos de Tor gente pecadora que sufrían en su miseria el castigo de sus culpas. Tenían desdén y espíritu de venganza. Como vivían prósperos, se habían olvidado del Señor y se creían los dueños de su vida.
Un día quiso el Supremo probar á la ciudad de Both y probar á la pequeña aldea de Tor, cuyos sufrimientos le parecían á él mismo inexplicables.
Desató el Supremo las cataratas del cielo sobre una colina que estaba á la espalda de la magnífica ciudad de Both. Al mismo tiempo abrió los caños de la tormenta sobre otra colina que estaba á espaldas de la pequeña aldea de Tor.
Y duró la lluvia tantos días que las dos colinas se deshicieron, y el caudal de aguas fué tan grande que transportó, como si fueran hojas de almendro, todos los pedruscos de una colina á la ciudad de Both, todos los pedruscos de la otra colina á la aldea de Tor.
Y la desolación fué en ambos sitios. Y los pedruscos obstruyeron las calles de la ciudad y tapaban los tejados de la aldea.
—¡Tomaremos venganza!—clamaron los de Both—; con nuestras propias manos pulverizaremos las piedras invasoras, y la soberbia colina que ha querido amenazarnos será alfombra y cubierta en nuestras calles.
Al mismo tiempo los de Tor decían: —Bendito sea lo que el Señor ha querido; tendremos estos pedruscos, los colocaremos pacientemente, uno junto al otro, en sus tres dimensiones, pondremos argamasa en las junturas, y de la desgracia y del dolor nos haremos una vivienda nueva.
Así hablaron los hombres de uno y otro paraje. Ahora diremos que los vengativos de la ciudad de Both mellaron sus armas, gastaron sus picos, rompieron sus mazos antes de que la mitad de los pedruscos hubieran desaparecido de sus calles. Entonces, impotentes, se cruzaron de brazos, y la ciudad, intranjitable y profanada, perdió poco á poco su esplendor. En las junturas de las piedras depositóse el polvo de las primeras venganzas; allí, con el agua, se hizo hierba, y el magnífico recinto es hoy una colina informe.
Los hombres justos y piadosos de la aldea de Tor, vieron, en cambio, sus haciendas prosperadas; los pedruscos de la tormenta, hábilmente pulimentados y dispuestos por ellos, formaron palacios; los palacios se alinearon en calles; las calles originaron una espléndida ciudad. Y hoy la aldea de Tor es uno de los puntos más ricos del Oriente.
Que no olviden los fieles en la adversidad, ni la mansa disposición de espíritu, ni el culto paciente y laborioso que la dieron vida.
Y en la hora de las venganzas, que los fieles pongan su mano delante de los ojos para que no les dañe el sol, y miran á lo lejos por la parte de Oriente y vean aquella colina informe en que ha venido á parar la espléndida Medina-Both, ciudad del mármol y de la venganza.
Esta es la parábola.
Por la traducción.
E. MARQUINA.
Cadaqués, Agosto 909.

Los obreros y la Exposición de Valencia

Hemos recibido un impreso en el cual se defiende la conveniencia de facilitar á los obreros que pretenden instruirse, el viaje económico á Valencia.
Ese simpático impreso termina con estas líneas:
«Algo, sin embargo, creemos que se ha intentado en este sentido por el Comité de la Exposición valenciana, que no debe cejar hasta conseguir rebajas suficientes en ferrocarril y viviendas, hasta lograr no quede obrero sin contemplar las maravillas que en estos momentos la perla del Turia encierra. Con respecto á Madrid en la imposibilidad de formar colonias de obreros como se forman de escolares subvencionadas por el Estado y fuertes industriales, sería bastante la creación de trenes botijos con precio máximo de ocho á diez pesetas ida y vuelta y validez de seis ú ocho días para que grandes contingentes de ellos se aprovecharan de estas ventajas. Así lo hemos oído referir á muchos, y es tal el deseo que tienen en que esto se consiga, que abandonarían gustosos un sobreprecio de 40 ó 50 por 100 sobre el valor de las entradas para la Exposición, aumento que podría destinarse á las familias de los reservistas que en estos momentos sostienen el honor patrio, hermanando con este motivo el deseo de instrucción y el de solidaridad con sus compañeros de Méjilla.
Esperamos que esta idea será recogida y lle-

vada á la práctica dado los fines instructivo y benéfico que encierra. — Por varios obreros, A. Blasco y F. Goig.

MUY AGRADECIDO

Nuestro querido colega *El Internacional*, de Tampa, órgano de la clase proletaria, especialmente de los obreros tabaqueros, nos dedica estas muy agradecidas líneas:
«Reparición.—Las Dominicales del Librepensamiento ha vuelto á reaparecer con la pujanza de siempre.
¡El clericalismo está de duelo; la libertad de plácemes!»
Nosotros vemos desde aquí también con simpatía la campaña incesante de *El Internacional* en defensa de los intereses de la clase obrera.

A LOS JOVENES BONAERENSES

¡Oh, estadid, poseed la ciencia, que cada uno de vosotros tome su justa parte en las vastas comarcas del conocimiento! La ciencia es buena porque nos enseña á distinguir por medio de la acción lo posible de lo imposible, porque nos instruye respecto de nuestros verdaderos deberes y nos libera de las servidumbres, de la ignorancia y del error, porque, en fin, para hablar como el gran Lucrecio, ella nos enseña á pisotear los vanos terrores y los clamores del avaro Aqueronte. Dedicad á la ciencia, pero conservad vuestros ensueños. ¡Oh!, no perdáis al contacto de la árida realidad, el don divino del ensueño.
Acabáis de decirme hace un instante que yo he perdido todas mis ilusiones.
¿Lo habéis dicho en serio? ¿Estáis convencidos de ello? ¿No habéis dicho: ya no es joven, es necesario tratarle como á un hombre grave, digámosle que ya no tiene ilusiones y eso alagará su amor propio? Pues bien; ¡no, amigos míos, os habéis equivocado! Tengo ilusiones y su enjambre armonioso flota sin cesar á mi alrededor y me refrescan el frente con el latido de sus alas. Creo en el amor; creo en la belleza; creo en la justicia; creo, á pesar de todo, que en esta tierra el bien triunfará del mal y que los hombres creerán á Dios. Haced como yo. Guardad preciosamente vuestros ilusiones, queridos amigos. ¿De qué os serviría vuestra ciencia si no tuviera la ilusión fecunda de la verdad, de la belleza, del amor? ¡Soñad! Sin el ensueño no hay ciencia, no hay sabiduría. ¡Soñad! Vuestros sueños no serán vanos. La humanidad, tarde ó temprano, realiza los sueños de los sabios. ¡Soñad, no temáis la justicia, amad á la verdad!
¡Oh!, sobre todo no seáis prudentes, no seáis moderados. Creed, osad. No améis mis libros y acordáos de mí más tarde. Os diréis: era muy suave, muy sencillo y nos sonreía. Ese es el más bello elogio á que puedo aspirar.
ANATOLE FRANCE.

Mandamientos de Higiene

- Fijados en todas las escuelas de Suecia.
1. Aire fresco de día y de noche, es condición necesaria para la salud y el mejor preservativo de las enfermedades de los pulmones.
 2. Hacer todos los días ejercicios al aire libre, trabajando y paseando, contrabalanceando de este modo el trabajo sedentario.
 3. Beber y comer moderadamente. Todo el que prefiere al alcohol el agua, la leche, las frutas, reafirma su salud, su capacidad en el trabajo y su felicidad.
 4. Tener cuidado con el cutis; acostumbrarse al frío lavándose diariamente con agua fría, y una vez por semana tomar un baño caliente. De este modo se preservá de los resfríos.
 5. Vestir ropa ni muy caliente ni muy ajustada.
 6. Habitar una casa expuesta al sol, seca, espaciosa, limpia y cómoda.
 7. Rigurosa limpieza en cada cosa. Aire, alimentos, agua, pan, ropa, habitación, todo debe ser muy limpio, también en lo moral; este es el mejor preservativo del cólera, del tifus y de todas las enfermedades llamadas contagiosas.
 8. Trabajar con regularidad é intensivamente; es también el mejor preservativo de las enfermedades del cuerpo y del espíritu; es un consuelo en la desventura, una felicidad en la vida.
 9. No buscar, porque no se encuentra, ni reposo ni distracción después del trabajo, en fiestas rumorosas. Las noches han sido hechas para dormir y descansar. Las horas de descanso deben destinarse á la familia y á las satisfacciones espirituales.
 10. La primera condición para una buena salud es una vida útil al trabajo y ennoblecida por las buenas acciones y los santos goces. El deseo de ser un buen miembro de familia, un buen trabajador en su oficio ú ocupación, un buen ciudadano para la patria, concede á la vida un precio incalculable.